



## Subir, subir, subir...

Desde que el hombre es hombre ha intentado subir todo lo alto que ha podido. Trepar es un instinto natural. Los niños, en cuanto son capaces de mantenerse en bipedestación, buscan nuevos retos, nuevas metas que generalmente tienen como objetivo sillas, mesas o sofás. Una vez que el entorno más cercano está "colonizado" y, a pesar de su corta edad, se buscan nuevas aventuras. Así, tapias, árboles, rocas... pasan a ser su campo de batalla bajo la mirada atenta de los suyos. Un poco más adelante, conseguirán dar las primeras pedaladas, primero con la ayuda de los ruedines, luego sin ellos y, en cuanto vean que el parque no es suficientemente motivante, mirarán a su alrededor por buscar sus primeras colinas, repechos...

Ésta es, poco más o menos, la secuencia natural que todo niño vive. Luego llegará el momento en el cual todo el entorno del pequeño (padres, profesores, hermanos...) tendrá que ser lo suficientemente audaz para hacer que esa motivación innata no desaparezca y ser capaces de ofrecerle nuevos retos para que no deje de lado algo tan bonito como es la exploración de su entorno a base de esfuerzo y superación.

Lo que os he contado hasta ahora, no es sino la secuencia de mi vida. Nací en Bera, un pequeño pueblo fronterizo del norte de Navarra. Con tres años decidí que ya era suficientemente "mayor" para ir al parvulario con mi bicicleta y me veía capaz subir mi primer "puerto": 200 metros al 2-3%... Recuerdo que no veía la hora de salir para poder bajar hasta casa y volver a subir. Cuando el barrio se me hizo pequeño, busqué nuevas metas que me hicieran superarme, nuevos horizontes. Con siete años subí por primera vez a Ibarbardin, final de etapa de la Vuelta al País Vasco en aquel entonces y todo un coloso con tintes míticos para un niño. Cierto es que no conseguí coronar sin poner pie a tierra; eso llegaría con ocho años. Una vez caído un mito, todo vino deprisa: Lizuniaga, Agiña, Aritxulegi, Piedad... Poco a poco fui subiendo todo lo que encontraba a mi alrededor. El simple hecho de llegar a la cima por mis propios medios me hacía, y me sigue haciendo, sentir libre.

Fui creciendo a la vez que crecían mis sueños, oí hablar del Tourmalet con doce o trece años, el Tour, los Pirineos... Sin duda, una nueva dimensión. ¡¡Quince y hasta veinte kilómetros de subida!! Algo que yo no conocía ni podía imaginar. Por fortuna, unos amigos me llevaron a ver el Tour de 1990

a las rampas del Tourmalet y allí fue donde verdaderamente me cautivó la montaña. Subí los 20 kilómetros que hay desde Luz St. Sauveur dos veces aquella mañana de julio y comprobé que aquel puerto jugaba conmigo, que era Él quien marcaba mi ritmo, mi cadencia, mi cansancio... Sólo me permitió "subirlo", nada más.

A partir de aquel día, uno de mis objetivos como corredor ha sido poder disfrutar de las grandes montañas y mitos que existen en las grandes pruebas por etapas. Para mucha gente quizás no sea muy importante pero pasar tercero por el Gavia en el Giro del 2004 fue para mí un momento precioso, como lo fue coronar con Garzelli y Simoni el temido Mortirolo en cabeza, o marcar el ritmo del pelotón durante 18 kilómetros del Stelvio.

Poco a poco he ido adquiriendo experiencia en lo que en Italia se llama Tappone (grandes etapas de montaña o etapas duras). Por mí mismo y porque he tenido la fortuna de trabajar para gente de primer nivel en este tipo de pruebas. Corredores como Casagrande, Garate ó Simoni, que me han ayudado mucho a mejorar. El año pasado en el Giro, teníamos ante nosotros la etapa reina, cuatro colosos por subir y entre ellos el Stelvio. A mí me encomendaron el trabajo de hacer de *ultimo uomo*, es decir, de estar con Gilberto Simoni hasta donde pudiera, por lo cual al principio de carrera tenía que ir tranquilo con mi *capitano*.

Y salimos tranquilos pero, después de 20 kilómetros se subía el primer puerto. 10 kilómetros al 8% de media... ¡¡y no puntuaba!! En fin, el caso es que Simoni se puso el último del grupo y yo con él, como Don Quijote y Sancho Panza. A mí nunca me ha gustado correr atrás pero, donde manda patrón no manda marinero... Intenté convencer a Gibo para correr un poco más adelante pero él me argumentó que quedaban siete horas de etapa y que no le apetecía empezar a "limar" ya. Recuerdo cómo me dijo: "Relájate Patxi. Hoy es domingo. Piensa que estás dando la vuelta de los domingos con tus amigos cicloturistas de Hondarribia". Ése fue el consejo que me dio.

Intentando calmarme, pensé: "Bueno, tal vez sea mejor no estresarse desde el principio". Nada más empezar a subir, los ataques se empezaron a hacer violentos y los latigazos que llegaban al fondo del grupo eran más y más duros, hasta que vimos que por delante arrancaban Di Luca, Salvoldelli,



Basso... y se iban en un grupo de unos 25-30. Me puse a pasar gente con el "Gibo" a rueda y, cuando estábamos a mitad de grupo, mi ritmo no le pareció lo suficientemente duro. Arrancó y me dejó tirado.

Quince kilómetros después, con un calentón importante, conseguí entrar en el grupo de Simoni. Como de costumbre, él iba el último y cuando llegué a su altura sonrió y me dijo: "Vaya cómo andan tus amigos los cicloturistas...". No pude evitar echarme a reír, tuve que dejar de dar pedales un instante pero aquel chiste y aquella situación hicieron que pudiera afrontar de otra manera lo que nos esperaba. Toda aquella situación me hizo aprender que en un puerto largo o en una prueba donde se suben grandes puertos, hay que saber distinguir entre estar en "stand by", estar atento y estar concentrado.

Estar en "stand by" significa estar a la espera, esperando los acontecimientos más importantes, sin stress, sin presión, casi casi como cuando entrenamos. Relajado, tranquilo, ahorrando toda la energía posible. Atentos estaremos cuando pasen cosas importantes pero que no van con nosotros (escapadas al principio de la carrera, movimientos tácticos de otros corredores o equipos...) y concentrados estaremos sólo cuando tengamos que dar el 100% de nosotros mismos, cuando sólo existamos nosotros y nuestro objetivo. Entonces nos abstraeremos de todo lo externo e iremos ciegos a por nuestra meta, nuestra cima.

Después de enlazar con el grupo de Gibo, subimos otros dos puertos largos. Gracias a Dios, iba bien y aquel punto de vista nuevo que me hizo ver mi *cappo* me ayudó a disfrutar de esos puertos como nunca lo había hecho hasta entonces. Iba mucho más tranquilo y confiado que nunca, a pesar de que nos quedaban tres monstruos por subir.

Después de cinco horas y media de carrera empezamos a subir el Stelvio. 27 kilómetros de ascensión con sus 39 curvas de herradura y su cima a más de 2.700 metros de altitud. Era el momento de estar concentrado, el momento que desde que empecé a subir al parvulario en bici perseguía. Sentí que se me erizaban los pelos de todo el cuerpo a la vez que un escalofrío me recorría desde la nuca hasta los pies. Nunca había visto nada igual hasta entonces. La carretera subía zigzagueante acabando en una pequeña casita blanca en una perspectiva totalmente nueva para mí. Parecía imposible poder ver semejante desnivel con un solo golpe de vista... Era el reto más bonito que me he encontrado hasta hoy.

El tren que pusieron mis compañeros en los primeros kilómetros de ascen-

sión fue muy rápido y por un momento temí no poder subir hasta arriba con ellos. Me tranquilicé con un par de inspiraciones profundas y esperé que llegara mi turno. Petrov hizo el último relevo y, cuando faltaban 18 kilómetros, se apartó.

Ante mí un coloso. Detrás, los mejores corredores del mundo en ese momento. Mi pulsómetro marca 165ppm, un ritmo al cual sabía que era capaz de aguantar la hora de ascensión que me quedaba. Intento no sentir las piernas, abstraerme de mi cuerpo, "robotizarme". Poco a poco me voy sintiendo mejor, seguro. Las palabras de Simoni "sei un grande, vai cosi" (eres un grande, sigue así) me dan una ración extra de adrenalina. Voy contando las curvas de herradura. Faltan 15, 14, 13, 12... La altura se va sintiendo cada vez más; estamos a más de 2.000 metros y el oxígeno empieza a escasear. A estas alturas veo que quedamos unos 20-25 corredores en el grupo, al mirar para atrás mis ojos se encuentran con los de mi amigo Juanma Garate, que me reconforta y me anima con un guiño, a pesar de que ahora corre en un equipo rival.

Después de hora y media llegamos al lado de un edificio enorme blanco. ¿Será la casita blanca que tomé como referencia? Hace frío, cuatro grados, pero no lo siento. Uno de mis sueños de niño se ha cumplido, he llevado el paso durante casi veinte kilómetros en la subida más dura de una gran vuelta... Me siento exultante, no estoy muy cansado todavía, disfruto del momento y me acuerdo de toda la gente que ha estado a mi lado durante todos estos años. Sé que no es gran cosa, no es una victoria que vaya a pasar a los libros de historia, pero para mí es un sueño hecho realidad y se lo dedico a ellos.

Me abrigó y aprovecho la bajada para comer e hidratarme. Llevamos casi siete horas de carrera y todavía nos queda el paso del Foscagno antes de llegar a la meta. La bajada no es muy técnica y en un abrir y cerrar de ojos nos presentamos en Bormio. De allí a meta. Veinte kilómetros. En el Foscagno sigo marcando el ritmo pero empiezo a notar que la gasolina se acaba. A mitad del puerto arrancan los jefes, me abro, meto el 25 y a recuperar. Acabo de cruzar mi particular meta, en lo que me queda hasta la verdadera me da igual perder cinco minutos que quince. Sólo quiero llegar lo menos cansado posible.

Siete horas y media, 220 kilómetros, 5.000 metros de desnivel acumulado, 6.700 calorías... Me parece que he estado todo el día en bici, de sol a sol... Y mañana, ¡más!